

Insensiblemente me lleva mi consideracion delante de otro espectáculo. Este es el de una Santa reconocida por tal durante su vida. *Catalina* llegó á ser la admiracion de su siglo. La de un mundo profano de quien era el oprobio. La de un mundo religioso de quien era el modelo. Representaos, pues, el por menor de tantos prodigios, y convendréis inmediatamente conmigo en que siempre estuvo atento el mundo para tributar homenajes á su santidad. *Dabo tibi coronam vitæ.* Yo no me admiro de ver tributar al mundo sus incienso á favor de aquellos hombres que por sus resplandecientes acciones se atraxeron el aprecio de todos, y á los héroes que presentaron combates y consiguieron victorias. El mundo halla su interes, por su respectivo amor propio, en celebrar la gloria de aquellos grandes hombres.

Pero ver interesarse al mundo en la gloria de una vírgen solitaria, penitente y sepultada en lo interior de la vida contemplativa; verle buscar á *Catalina* hasta en los mas secretos rincones de su humildad, y observar que una ciudad olvidada llegó á hacerse repentinamente célebre en el Universo por la reputacion de nuestra Santa solamente, son unas circunstancias á quienes yo tengo por uno de aquellos sensibles prodigios que condenan al mundo que no es santo, sin embargo de los honores que tributa á la santidad.

No nos olvidemos, señoras, en honor de esta Santa Vírgen de uno de sus mas resplandecientes triunfos. Acordémonos de aquellos

tur-

turbulentos dias en que se confundió su virtud con las virtudes fingidas que no tienen mas que la apariencia de verdadera piedad. Levantóse una murmuracion injuriosa, y se acreditó á beneficio de aquellas lenguas malignas, cuya única ocupacion es la de afear la inocencia. Extendióse rápidamente el veneno de la calumnia. Aquellos atrevidos espíritus que juzgan de todo sin conocer nada, pronunciaban y decidian á favor de la malignidad. Aun delante de ella se atrevieron á manifestarse estos viles acusadores. ¿Ignoran acaso que las delicias de los santos son las humillaciones? El cielo es testigo de la pureza de las intenciones de nuestra Heroína y de la rectitud de sus pasos. ¿Que la importará que un mundo incrédulo apruebe su virtud ó la condene? Escuchaba sin alteracion las chanzas fingidas y las inyectivas satíricas. Nada podian contra su corazon los esfuerzos del infierno porque era inaccesible á los resentimientos. A sus enemigos les miraba con un semblante tranquilo y una alma llena de caridad. Sufria con constancia, y perdonaba con generosidad.

¡O nobles sentimientos de *Catalina*! Ellos son los que impusieron silencio á la calumnia, confundieron al infierno y admiraron al mundo. La gloria de los santos dimana de sus humillaciones; y edificados y sorprendidos los enemigos de nuestra Santa, no tenían ya duda alguna acerca de la solidez y heroísmo de sus virtudes. Sus sátiras se convirtieron en panegírico; y ya no tenía otro enemigo que á

Tom. IV.

F

sí

si propia. *Gloria virtutem quasi umbra sequitur.* Tal es el pensamiento de San Gerónimo. La gloria, dice este Santo Padre, huye de aquellos que la buscan; y busca á los que huyen de ella. La sombra del hombre sigue al hombre. La gloria sigue á la virtud. *Gloria virtutem quasi umbra sequitur.*

¿Por ventura no se ha verificado este oráculo en *Catalina*? Oponed á este propósito el contraste de su humildad y reputacion. Ya habeis visto como huyó de las atenciones del mundo, no obstante de que este las habia fixado sobre ella. Mas ¡que mundo! el comun de los hombres admira las virtudes regulares; pero las virtudes superiores atraen en él la atencion y los elogios de los poderosos, de los reyes de la tierra y de la impiedad misma. Era menester nombrar todos los príncipes que reynaban en el mundo christiano en el décimo sexto siglo, para citar todos los admiradores de nuestra Santa.

Cosme de Médicis, aquel príncipe que por la sabiduría de su gobierno, y por el rápido y constante vuelo de sus prosperidades causaba las delicias de sus vasallos y la gloria de Toscana, vió en sus estados un astro formado por *Catalina*, delante del qual se eclipsaba su grandeza en medio de que estaba en su mayor auge. Se olvidó de que era su soberano, con el fin de no acordarse de otra cosa que de los homenages que debia tributar á la santidad.

Transfiriéronse á los hijos los sentimientos del padre. Dígalo sino Francisco de Mé-

di-

dicis que, como pacificador de las desavenencias entre Florencia y Ferrara, jamás confiaba el secreto de sus empresas sino á la prudencia de *Catalina*. Siempre creyó que las oraciones de esta ilustre Virgen eran para él un testimonio seguro de sus sucesos.

Sobre todo, ¿que veneracion mas grande que la que testificó á esta Santa Hernando de Médicis, cuyo príncipe fué el ornamento de la púrpura Romana en su juventud, y, aunque se le arrebaró al santuario un acontecimiento imprevisto, causó la admiracion de la Europa por su prudencia y por su zelo contra los Otomanos? Este príncipe purpurado no se desdefiaba de que reflexasen los rayos de su gloria sobre *Catalina*. En lo que la Santa intercedia por él, le parecia hallar armas mas poderosas contra sus enemigos que en el valor de sus soldados.

Y tú, á quien puso la Providencia en el primer trono del Mundo: tú, á quien el cielo habia destinado por esposa de aquel monarca que conquistó por fuerza de armas un reyno que le pertenecia por derecho de sucesion: tú reyna famosa en los anales de la Francia, no solo por tí misma, sino por el nombre inmortal de Henrique el Grande, dime, ¿qual fué tu modo de pensar acerca de *Catalina*? La Toscana donde tú naciste tuvo el honor de verla poco despues de que tú aparecieses en el Mundo. Y como tus padres la habian honrado y respetado, no supiste degenerar de su admiracion. Ella te pareció un prodigio de santidad, y tú la pareciste á

F 2

ella

ella digna del trono antes de obtenerle. ¡Quien sabe si por una luz profética vería ya entonces la gloria que te esperaba! Lo cierto es, que nuestra Santa penetró infinitas veces las obscuras sombras de lo venidero. No fueron pocas las que anunció los acontecimientos futuros. Sus predicciones se verificaron á vista de toda Italia. Pero su reputacion se extendió mas allá de su patria. La veneracion que lá daba Italia se comunicó del otro lado del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos.

Con tanta brillantez aplaudia la corte de Baviera la santidad de *Catalina*, como la de Toscana. Felipe II. rey de España, aquel príncipe, cuya profunda política era igual á su ambicion, y en quien la Religion no fué jamas problemática como en Carlos V. su padre; aquel príncipe, digo, en quien siempre hallaba la virtud un fuerte protector; tenia en sus vastos dominios mil prodigios de santidad. Tenia, digo, á una Teresa, restauradora y gloria del Carmelo, á un Pedro de Alcántara, prodigio de una penitencia desconocida hasta entónces; á un Juan de la Cruz, asombro de abnegacion y de ciencia, y á un Francisco de Borja, que era mucho mayor quando menospreciaba al mundo por humildad que quando brillaba en él por la elevacion de su cuna. Sin embargo de esto, envidiaba Felipe á Toscana la dicha de poseer á *Catalina*; y ya que no la contaba entre los vasallos de su reyno, quiso por lo menos ponerla en el lugar de sus protectores. Mas ¿que digo yo? El embaxador mismo que debía repre-

presentar á Felipe en la Corte de Florencia, debía ponerle tambien á los pies de *Catalina*, á quien recomendó Felipe II. la seguridad de su persona, la victoria de sus armas, y los intereses de su reyno.

A vista de lo referido, ¿que me quedará ya que decir? ¿Necesito añadir, que el libertinage y la impiedad misma trabajaban de comun acuerdo para divinizarla? ¿Quantas veces acudieron á ella muchos hombres luxuriosos para aprender el espíritu de penitencia? ¿Quantas veces el contraste de sus vicios y de sus virtudes cortó la rápida corriente del escándalo? A su vista se disipaba el encanto de las pasiones, empezaba la reflexion y triunfaba la piedad: ninguna cosa persuade mas bien la santidad que la santidad misma.

¿Si se resistirá á la evidencia de estas cosas el incrédulo mundo? ¿Si la virtud universalmente admirada dexará tal vez de serlo para unos hombres, cuya religion consiste en no tener ninguna? No por cierto; porque si en efecto se encuentran estos pretendidos espíritus fuertes que quieren sujetar la fé á la sutileza de sus discursos, tambien se vienen á sujetar á las luces de *Catalina*. Me parece que estoy viendo en ella resucitar al Angel de las Escuelas. Todo el mundo recibia con respeto las decisiones de Thomas de Aquino como si fueran otros tantos oráculos. Pero nuestra Santa era aquel á quien consultaba la Italia. Lo mismo era dar ella su parecer que desvanecerse las dudas y confesar la impiedad

dad con asombro su vencimiento. En aquella Virgen reconocia la fé un apologista, un apoyo y un apóstol.

¿Extrañaréis á vista de esto que concurra toda la Iglesia á celebrar la gloria de nuestra Santa? Si llegó á ser la admiracion del mundo profano, de quien era el blanco, ¿como no lo habia de ser de un mundo religioso de quien era el modelo? Lo cierto es, que su órden la respeta, los prelados y cardenales la consultan, los papas la honran, y los santos la miran como un prodigio de santidad. Todo comprueba la evidencia de esta verdad. El mundo se afana otro tanto mas para hacer brillar su gloria, en quanto ella es mas ingeniosa para ocultarla. *Gloria virtutem quasi umbra sequitur.*

A vosotras, fervorosas almas que contemplais mas de cerca la luz de este luminoso astro, á vosotras pertenece tributarle los primeros homenajes. ¡Quanto respeto se observa en todo el órden de Santo Domingo al nombre de *Catalina*! Desde la villa de Prato ha cundido por todas las extremidades de la tierra, que es hasta donde se extienden las fecundas ramas de esta dichosa y numerosísima Religion. Aun vivia nuestra Santa, y ya la proponian los superiores como modelo en los monasterios de su jurisdiccion. La reputacion de su virtud pasó del otro lado de los mares, y penetró tambien en América. Siguiendo sus pasos caminó Rosa de Lima por las sendas de la mas heroyca santidad. Aun viviendo todavía logró ver ya sus obras inmorta-

ta-

lizadas en su órden. Ellas eran una preciosa recoleccion de los sagrados oráculos, y del cántico divino, monumento raro de la ciencia y de la piedad que habia consagrado *Catalina* solamente para su uso, y por desgracia se escaparon de sus manos. Sí, obra excelente, ya que la humildad te sepultó en las tinieblas, te hizo la obediencia salir á luz. La particular devocion á nuestra Santa llegó á ser general en todo el orden de Santo Domingo.

Desde este pasó á las órdenes superiores de la Iglesia. ¡Que multitud de prelados, celebrados en la Italia por su piedad, zelo y erudicion, vienen á sujetar á los consejos de *Catalina* las empresas del Episcopado! Los unos van á estudiar en su prudencia el arte de contrarestar el vicio y desarraigarle. Los otros á aprender en su ciencia el arte de combatir la incredulidad y de confundirla. Todos van á estudiar en su conducta el exemplo de todas las virtudes. Todos á confesar, que la realidad de su mérito excede á la brillantez de su reputacion.

Ya sabeis que en las riberas del Jordan se vió en otro tiempo con asombro, que la soberbia sinagoga diputó á San Juan Bautista sus primeros personajes. La gloria de este insigne varon se oscurece con la sombra de su humildad. El Sanhedrino habia hecho que se le informase de él muy particularmente. Mas la modestia de sus respuestas, salieron por fiadoras de la solidez de sus virtudes.

En la historia de *Catalina* se presenta al

poco mas ó menos un rasgo semejante. Llegó su reputacion hasta la corte de Roma, y la admiraron y sorprendieron los singulares acontecimientos, las sublimes virtudes y los multiplicados prodigios de esta dichosa Virgen. Pero sin embargo, no se resolvió aquella corte hasta que la evidencia confirmó estos hechos. Muchas veces se suponen acciones heroicas y milagros aparentes. Se sorprende la credulidad, y lo maravilloso no tiene realidad sino en los entendimientos preocupados. La reputacion no siempre decide del mérito. Roma queria saber la virtud de la virtud misma.

Así pensaba acerca de *Catalina* el célebre pontífice que gobernaba entónces el mundo christiano, Paulo III.: no le parecia que debia dar oídos á una preocupacion, que, aunque universal, podia ser demasiado favorable. Sobre la conducta de nuestra Santa fué sobre la que se determinó á juzgar y sentenciar. Aquel mismo zelo que exercia este pontífice para confundir los designios de la heregía, restablecer la disciplina en la clerecía, y suspender las rápidas conquistas de las Otomanas huestes, le empleó tambien para comprobar la santidad y los prodigios de ésta Santa Virgen.

De su orden pasará á la villa de Prat un prelado incapaz de preocupacion ni sorpresa. Descubrirá todos los pasos de *Catalina*; penetrará sus sentimientos, y será el censor exácto de toda su conducta. Pero ¿que digo yo? Será el admirador. Conocerá y hará conocer el

el prodigio de santidad, y el testimonio que servirá de prueba al que se habia dado ya de ella. Triunfó la verdad, y salió del trono de la Iglesia en favor suyo el oráculo mas solemne. En un papa que era la gloria del mundo christiano, halló nuestra Heroína un admirador sincero y un eloqüente panegirista. De modo, que, por decirlo así, oyó pronunciar antes de su muerte el solemne decreto de su canonizacion.

A estos se siguieron otros hechos que aumentaron de nuevo la gloria de nuestra Santa. A Paulo III. sucedieron los pontífices, cuya elevación habia ella vaticinado. Marcelo II y Leon XI, no se olvidaron en el trono de la Iglesia del edificativo espectáculo que les habia dado *Catalina* desde el retiro de Prat. Pero estaba reservado para el pontificado de Pio V. el reconocer su gloria en todo su esplendor. Ya os acordareis de aquel tiempo tan fatal á los principios, y despues tan glorioso al christianismo, en el que el magnífico Soliman llevó el fuego de la guerra por el centro de la Iglesia, forzó á Belgrado, conquistó á Rhodas, hizo temblar á Hungría en las llanuras de Mohas y llevó el terror hasta Viena. Pero aquí no nos interesa para la gloria de nuestra ilustre Virgen la del mundo. Sin duda derramaria sus lágrimas por la triste suerte de los christianos. Adoraba los altos juicios de la Providencia. Detengámonos solamente en los sucesos de la Iglesia que estuvieron entónces precisamente unidos á los de *Catalina*.

Selin II, sucesor de Soliman, y menos ambicioso y guerrero que él, no se entregó desde luego sino á los deleytes de la luxuria, y á los excesos del desenfreno; pero el odio que heredó al christianismo, le hizo declarar por fin la guerra á los christianos. Rompió Selin un solemne tratado con los Venecianos, amenazó á la Isla de Chipre, se apoderó de Nicosia y sitió á Famagusta. La Europa veía con horror que se extendia el azote, y se llevaba al último exceso la inhumanidad.

¿Os parece que siendo Pio V. un pontífice como era habia de permanecer inmóvil en un tiempo tan arriesgado como aquel? ¿Se contentaria acaso su gran corazon con gemir sobre las ruinas de la abrasada Sion? No por cierto. Enardecido su zelo excitaba ya el de los príncipes christianos. El célebre Bonelli, fué inmediatamente de su orden á solicitar de Francia, Alemania, Espafia y Portugal que se formase una liga temible contra los infieles. Del buen suceso de esta negociacion dependia el de la Iglesia. Y esto es justamente, señoras, lo que al parecer habia revelado á Catalina el espíritu de Dios. En ella fué en la que despues de aquel Señor puso Bonelli toda su confianza para el logro de su pretension. Mas ¿si se frustrará su esperanza? No, porque ofreciendo nuestra Santa sus súplicas y oraciones estaba segura la victoria. En efecto, armáronse los christianos, cubrióse la mar de embarcaciones y se preparó la batalla.

¡Quiera el Dios de los combates comunicar su poder á un pueblo lleno de héroes! So-

lo la gloria del Señor es quien le anima, y ella únicamente es quien pide ser vengada. ¡Permita el Señor que se exterminen para siempre una nacion impía y luxuriosa! Regaba el altar con sus lágrimas el santo pontífice, y una Virgen fervorosa redoblaba los rigores de su penitencia. El corazon de Pio V. y de *Catalina* parecia que se reunian con el mismo objeto. No, no creais que el cielo pueda negar la victoria á sus unidas y esforzadas súplicas. Empieza la accion, enardécense las cruzadas y triunfa la cruz. Tú, ó dichosa jornada de Lepanto, tú eternizarás para siempre en los anales de la historia la gloria de los christianos y el oprobio de las Otomanas huestes. Y tú Religion santa, no menos reconocerás en tu triunfo lo mucho que debes á las oraciones de Pio V y de *Catalina*, que á la intrepidez de Don Juan de Austria y al heroico valor de los christianos.

¿Que me queda ya que explicar para manifestaros la gloria de nuestra Santa en este dia? ¿No deberé yo finalizar aquí su elogio? ¡Acabar su elogio, señoras! ¿Pues no me reprehenderiais un silencio tan repentino? ¿No me echariais la culpa de que queria ocultar á su elogio una circunstancia que corona todas las demas? Hablo de aquella vision sobrenatural entre nuestra Heroína y San Felipe Neri. Aquí se queja la incredulidad y forma sus dudas la crítica; pero decide la Iglesia y es menester que se sujete la piedad. Este es un prodigio. Dios es dueño de sus propias gracias. Me explicaré.

Felipe Neri, que fué el ornamento y el restaurador del Sacerdocio, se habia fixado en Roma por el interes de la Religion. La Congregacion que él habia creado nuevamente, le llevaba todas sus atenciones. Respetado de los pueblos, consultado por los obispos, querido de los papas, y unido á los mayores santos de su siglo, llegó á percibir con edificacion y asombro los prodigios de *Catalina*. De este modo se admiró en otro tiempo San Antonio al oír los milagros de Pablo.

No tardó mucho tiempo en formarse entre nuestra Santa y Felipe un perfecto modo de pensar. El principio de estos sentimientos consistia en una recíproca admiracion, y el fin en la gloria de Dios. Pero ¡quanto sentimiento tenian en no poderse ver, hablar y comunicar respectivamente de viva voz sus diversos movimientos, y sus pensamientos secretos! Sin embargo, nos debemos persuadir que lo que no se puede en el órden de la naturaleza se consigue en el de la gracia. Así se verificó, pues por medio de una transportation misteriosa se vió el uno con el otro. ¡Que prodigio tan grande fué el que les juntó estando Felipe en Roma y *Catalina* en Prati! Ah! esto consistió en que la virtud se simpatizó con la gracia. Dos corazones unidos por la caridad pueden romper la distancia de los parages, penetrar hasta el cielo y reconcentrarse en el seno mismo de la divinidad. En este caso no forman los dos corazones sino uno solo.

¿Quantas maravillas semejantes, quantos

éx-

éxtasis, profecías é incontrastables milagros os pudiera yo citar? La vida de nuestra Santa fué solamente una continuacion de prodigios. Ah! ¿por que vino la muerte á cortar en ella tan gloriosa carrera? Estos milagros de santidad deberian vivir siempre, ya vean efecto que permanecen mas allá del sepulcro.

Lo mismo fué morir *Catalina* que respetar ya la Italia sus cenizas. Los despojos de aquel cuerpo mortal permanecen contra la revolucion de los siglos. La confianza de los pueblos logró los primeros prodigios. Multiplicáanse estos y se perpetúan, aumentándose la confianza cada dia. De este modo se ve claramente, que siempre ha estado atento el mundo para tributar homenajes á su santidad. En fin, la Iglesia de quien fué el ornamento y la gloria durante su vida, la coronó despues de su muerte. *Dabo tibi coronam vitæ.*

Pero el triunfo de *Catalina* no debe terminarse ni referirse á ella sola. Sí, christianos, la pompa de una resplandeciente demostracion que os congrega hoy en este templo, puede que lejos tal vez de quedarse en ceremonia, os haya edificado al ver el retrato que he puesto delante de vuestra vista. Si en efecto os ha edificado, tambien os debe haber instruido.

El fruto de este discurso debe ser una reflexion natural. En aquellos tiempos en los que parecia se entibiaba la fé, triunfaba la mentira de la verdad, estaba casi enteramente desconocida la virtud y el vicio casi generalmente acreditado é introducido; en aque-

llos

llos tenebrosos siglos, vuelvo á decir, habia santos dignos de la reciente Iglesia por mas que la incredulidad se desentienda de ellos. Si nosotros no lo somos como ellos, no culpemos á nadie. La santidad es de todos los tiempos. Los medios para ser santos no nos faltan. Lo que no tenemos únicamente es, por nuestra desgracia, el ánimo y la voluntad para llegar á serlo. Yo discurro, señoras, que todos estos defectos, son agenos de vosotras. Conoceis las virtudes de *Catalina*, y las estudiáis é imitáis. ¡Quiera Dios que tan raro exemplo mantenga siempre vuestro zelo! Estad siempre atentas como ella para ocultar vuestra santidad á los ojos del mundo, y se impondrá este eternamente la obligacion de tributar homenaje á vuestra santidad sobre la tierra, hasta que el mismo Dios os sirva de recompensa en el cielo. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,
Fundador de la Compañía de Jesus:

PREDICADO EN PARIS

*En la Iglesia de la Casa Profesa de los
Padres Jesuitas: y en la del Colegio
de Luis el Grande.*

*Numquid sapientio rem, et consimilem
tui invenire potero? ¿Hallaré yo un
hombre que iguale en sabiduria, y se
parezca á tí? Gen. 41. v. 49.*

Este es el testimonio que en otro tiempo dió Faraon á Joseph, quando despues de haber explicado á aquel príncipe el fatal sueño que agitaba su espíritu calmó sus sobresaltos por medio de saludables avisos, mereció los aplausos del consejo, é hizo ver lo que debía esperar Egipto de su fidelidad, de sus cuidados y de su prevision. El rey se felicitó á sí mismo por haber tenido su trono un apoyo

se-